

Cuando la Reina durmió en Villafranca

*Antonio Pereira
Cronista de la Villa*

Con motivo de la reciente visita de la Reina Sofía a Ponferrada se escribió que ningún rey Borbón había venido jamás al Bierzo. Estoy en la misma creencia («salvo error u omisión», cautela que me viene del comercio), pero sólo si nos limitamos a los reyes varones. Porque un Borbón que era Reina soberana de España con el nombre de Isabel II (no Reina consorte), sí estuvo y pernoctó y movió mucho espectáculo en Villafranca. Fue el 14 y 15 de septiembre de 1958.

El primer aviso de los regocijos que se avecinaban («la que se nos viene encima», debieron de pensar otros) anda por los acuerdos del Ayuntamiento, que en sesión del día 22 de agosto de aquel año -a sólo ¡tres semanas! del acontecimiento (como siempre)- acelera nombramiento de comisiones, derribo del edificio que estorba el paso de carruajes en la cuesta de Zamora, orden a los vecinos para que den «llano y blanco» a fachadas y costados de las casas...

En Villafranca habíamos tenido otras visitas regias, anteriores a los Borbón. El 19 de marzo de 1520 hizo noche Carlos I (esto lo dice don Dalmiro de la Válgoma en un programa del Cristo). Y en 1554, el día 13 de junio, lo hizo el Príncipe Felipe (luego Felipe II) que marchaba viudo a La Coruña para embarcar hacia Inglaterra y casarse con María Tudor. El 24 de abril de 1690, se aloja doña Mariana de Neoburgo, segunda consorte de Carlos «el Hechizado». Se ve que los tratábamos bien.

Pero la presencia y el pernocte de Isabel II en Villafranca debieron de ser cosa popular y lucida, con arcos de mucho verdor fresco, teas y hachones encendiendo la noche, y coros y danzas de la sección femenina o lo que hubiera entonces.

Sin embargo, por encima de tan potenciales elementos literarios e incluso cinematográficos, siempre me ha intrigado la presencia en nuestro pueblo de un personaje del séquito real: El Padre Claret. He releído no hace mucho un devocionario suyo, manual de consejos según el estado de cada cual y a las casadas se los da un tanto peregrinos: ¡Qué repelan las familiaridades de sus maridos! ..., y que sean humildes con las cuñadas. El Padre Claret venía de confesor de doña Isabelita, luciendo las pompas de arzobispo de La Habana. Ya a la altura de mis tiempos, lo hicieron beato y lo respeté como me manda a Madre Iglesia. Lo ascendieron a santo y lo respeté todavía más. Pero era un poco pesado. Cuando el Padre cayó por aquí, la tropa aquella venía de Galicia, concretamente de Santiago, donde -según cuenta su

paje Betrín-, hubo días de siete sermones y todos pasaban de una lora. La larga combustión oratoria del futuro Santo debió de quedar flotando en la colegiata, porque mi infancia, bajo la férula de mi piadosa madre, se vio amargada por las infinitas pláticas dominicales de don Jerónimo Probanza. Se sabe que el sermón villafranquino del Padre Claret empezó a la una de la tarde y duró hasta las tres, que tampoco son horas. Y se sabe, gracias al escrito de un testigo presencial (que lo redactó en su vejez en Montevideo) el ambiente algo mágico y hasta una perturbación santamente resuelta:

«Media hora hacía que su palabra elocuente y persuasiva era oída con el mayor recogimiento, cuando, de pronto, una voz estentórea gritó «¡Ahí está la Reina Isabel II!». A esta voz se produjo un murmullo ensordecedor, semejante al fragor de la tormenta que presagia la tempestad; nadie se entendía, pues todos decían que querían ver a la Reina y todos hablaban a un tiempo. Entonces resonó la voz clara y bien timbrada del Padre Claret, que nos dijo: «¡Silencio! No es la Reina. La Reina no viene aún. Antes que ella llegue han de pasar dos horas. El que ha llegado ahora es Satanás, es el demonio, que viene a tentaros para distraer vuestra atención, para que no escuchéis las verdades de la fe y de la vida eterna. Vosotros no lo veis, pero yo lo veo y os haré ver que se retirará enseguida, pues yo lo vaya espantar». Y con voz más fuerte aún que la que hasta entonces había empleado, pronunció aquellas admirables palabras: «¡Retírate, Satanás! ¡Retírate de la casa de Dios, único Rey y Soberano de Cielo y Tierra! Bendita sea la Santísima Trinidad, + Padre, + Hijo, + y Espíritu Santo. Ahora y siempre por los siglos de los siglos. Amén Jesús».

Lo que entonces pasó fue indescriptible, sigue el memorialista desde Montevideo. Y se lo creemos.

En fin, que se fueron de Villafranca la Reina y el Arzobispo, los chambelanes y los ministros y ministrines, los escoltas de buen apetito y larga sed. Se apagaron las luces gastosas, volvió el descuido a las calles. Y como no podía ser menos, apareció el síndrome de la resaca en la tesorería. Una ayuda a los enfermos del tifus se rechaza (pleno del 23 de septiembre) porque «en la actualidad han quedado exhaustas (sic) las arcas municipales con los gastos causados con SS. MM. y AA. al paso por esta Villa».

Lo de siempre, lo de siempre.